

las regiones de la tierra, y que con ímpetu tan unánime viene impulsado hácia esta Santa Sede.

Y como quiera que estos dones se Nos han otorgado sin merecimiento alguno de Nuestra parte, Nos hallamos verdaderamente sin fuerzas proporcionadas para dar á Dios las gracias que con tan justo título le son debidas. Por esto miéntras solicitamos de la Inmaculada Virgen y Madre de Dios se digne enseñarnos dar gloria al Altísimo con su mismo espíritu por medio de aquellas sublimes palabras: "Ha hecho en mí, cosas grandes el que es poderoso;" os suplicamos una y mil veces, Venerables Hermanos, que en union de la grey confiada á cada uno de vosotros, entoneis á Dios juntamente con Nos cánticos é himnos de alabanza y de accion de gracias. Engrandeced al Señor conmigo, os decimos con las palabras de San Leon Magno, y ensalce- mos á porfía su nombre, para que toda la gloria de las gracias y misericordias con que hemos sido favorecidos, ceda en loor y alabanza de su autor. Haced saber á vuestros pueblos el entrañable amor y los sentimientos de Nuestra gratitud por los esclarecidos testimonios y brillantes pruebas que de su piedad filial hácia Nos han dado por tanto tiempo y con tanta perseverancia. Por lo que á Nos concierne, pudiendo emplear con verdad las palabras del profeta Rey: "Mi peregrinacion sobre la tierra se ha prolongado," hemos menester ya de la ayuda de vuestras oraciones á fin de que alcancemos el valor y la confianza de entregar nuestra alma al Príncipe de los pastores en cuyo seno existe el refrigerio de los males de esta turbulenta y trabajosa vida y el puerto feliz de una paz y tranquilidad eterna.

Y para que redunde en mayor gloria de Dios lo que por su liberalidad se ha dignado agregar á los beneficios de Nuestro Pontificado, abriendo con este motivo el tesoro de las gracias espirituales, Os facultamos, Venerables Hermanos, para que cada uno de Vosotros en su Diócesis, el

dia diez y seis ó veintiuno de este mes, ú otro que elija á su arbitrio, pueda dar, en virtud de Nuestra autoridad Apostólica, la bendicion Papal con aplicacion de la indulgencia plenaria en la forma acostumbrada por la Iglesia. Y deseando además mirar por la utilidad espiritual de los fieles, segun el tenor de las presentes, concedemos en el Señor, que todos los fieles cristianos, tanto seculares como regulares de uno y otro sexo, existentes en cualquiera parte de Vuestras Diócesis, que purificados de sus culpas con la confesion sacramental y fortalecidos con la sagrada comunión, elevaren á Dios piadosos ruegos por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la Santa Madre Iglesia, puedan ganar la indulgencia plenaria de todos sus pecados en el dia que Vosotros designáreis ó eligiéreis, en virtud de Nuestra autoridad, para dar la mencionada Bendicion, ó en el que fuere designado ó elegido por los Vicarios capitulares en las Diócesis en que estuviere vacante la Silla Episcopal. Abrigamos la seguridad de que con esta ocasion se estimulará mas y mas el pueblo cristiano á orar con mayor fervor, para de este modo, merced á la multitud de oraciones, nos hagamos dignos de aquella misericordia que la presencia de los innumerables males que nos abruman, no consiente que la imploremos con tibieza.

Entre tanto, Venerables Hermanos, pedimos á Dios Omnipotente Os conceda la constancia, la esperanza celestial y todo género de consuelos, cuya prenda así como la de Nuestra particular benevolencia, queremos que sea la Bendicion Apostólica que con toda la efusion de Nuestro corazon os damos á Vosotros, al clero y pueblo confiado á cada uno de Vosotros.

Dado en Roma en San Pedro el dia cuatro de Junio, consagrado á la Solemnidad del Misterio de la Santísima Trinidad, año de mil ochocientos setenta y uno, vigésimo quinto de Nuestro Pontificado.

¿Qué podemos añadir hermanos é hijos nuestros, á tan tiernas y elocuentes palabras? Su fuerza es inimitable, las ideas y sentimientos que revelan, no tienen precio; y nos hallamos tan edificados como confundidos con un ejemplo de humildad, de paciencia, de amor y de firme esperanza, cual nos ofrece nuestro Smo. Padre en la carta que acabamos de transcribir. Apesar de haber admirado muy de cerca y en diferentes épocas, esas y otras relevantes virtudes, confesamos ingenuamente que nos han hecho tal impresion sus palabras, que no alcanzamos á definirla, ni ménos á manifestarla. En medio de sus enemigos, como Daniel en medio de los leones, habla Pio IX con aquella entereza propia del justo, y con aquella calma del inocente, y con aquella caridad del pastor, y con aquella rectitud del juez, y con aquella resignacion del cristiano, y con aquella confianza del que cuenta con la proteccion de Dios y la poderosa intercesion de su Madre Santísima, la inmaculada y siempre Virgen María.

Comienza nuestro Smo. Padre, como habeis visto, por revelar al mundo el gran secreto de su conducta, la íntima persuasion de que la Iglesia conserva su carácter de militante, y que Dios la gobierna entre combates y victorias y rige por su medio los destinos del mundo, sirviéndose de instrumentos débiles y despreciables para llevar á cabo los designios de su sabiduría. Este pensamiento, tomado casi á la letra del apóstol San Pablo, sirve de tema y de apoyo al gran Pontífice, á la figura mas colosal que se presenta en nuestro siglo presidiendo á todos los acontecimientos y viendo desaparecer de su alrededor los grandes, juntamente con los imperios y los reyes con sus dinastías. Fijos los ojos del Pontífice Rey en el cielo, de donde le ha venido la luz para colocar la piedra inmaculada en la corona de la Virgen Madre, y la virtud, la fuerza para sostenerse en medio de las vicisitudes de un largo y penoso Pontificado, ilustre por su duracion y mas ilustre por sus hechos que recuenta con una

precision y exactitud inimitables, ya se detiene en los primeros sacudimientos que le obligaron á refugiarse en Gaeta, ya en las victorias obtenidas por los esfuerzos de las naciones católicas presididas por la primogénita de la Iglesia, ora en la grande obra de la propagacion del Evangelio predicado aun en las regiones que el sol visita apénas, ora en el establecimiento de la gerarquía eclesiástica y condenacion solemne de los errores opuestos á la buena razon y buenas costumbres extendidos con daño de la sociedad religiosa y civil: bien alude á sus esfuerzos por unir con lazo indisoluble las dos potestades, el imperio y el sacerdocio, como única garantía del órden religioso y del bienestar de los pueblos; bien á los esfuerzos sobrehumanos con que emprendió, promovió y realizó la celebracion del Concilio Ecuménico Vaticano, que el mundo atónito vió reunirse á pesar de sus conjuraciones y locas esperanzas y aun con espanto de los poderes infernales, en el día del triunfo de aquella criatura que con mano irresistible, ha vencido todas las herejías, despues de haber quebrantado con planta firme la orgullosa cabeza.

¡Sublime espectáculo! Más sublime todavía el que ofrece á nuestra admiracion un soberano, que resiste á los aplausos y ovaciones y sufre con calma sin igual las injurias y hostilidades: que cuida y trabaja sin tregua por la sólida prosperidad de sus súbditos y se opone á la par como un muro de bronce á los avances de ambiciosos vecinos, sin que le amedrenten, ni sus amenazas, ni sus conspiraciones, ni sus malignos proyectos, ni las resoluciones tomadas en las tinieblas de los clubs y en los escaños de las asambleas, que mas bien podian llamarse con el Profeta Rey *Ecclesiae malignantium*. Y no se crea que su valor viene del alejamiento de los males previstos; porque hoy se le vé bajo su inmediata y maligna influencia sin haber disminuido un punto, y ántes bien cobrando cada dia un nuevo brío y un temple mas subido. Sí, bajo las armas del vencedor, ó como Su San-

tividad lo llama, criminal usurpador, levanta la víctima su voz oprimida pero siempre fuerte, y tanto, que se hace escuchar hasta los confines del mundo. ¿Y qué dice? ¿de qué se queja? Más de la iniquidad del designio, que del despojo temporal: más de que se intente la ruina del reino de Jesucristo, que la del reino temporal: más de que se exponga á un peligro inminente la salvacion eterna del pueblo, que de la consumacion de males, graves en sí mismos, pero siempre transitorios.

En medio de quejas tan sentidas, tan profundas, ¿quién podía imaginarse un corazon tan grande, capaz de contener fuera de esas penas indecibles, otras, al parecer ménos lamentables? ¡Ah! los corazones bien formados, ó lo que es lo mismo, formados segun el corazon de Dios, tienen senos insondables, abrazan las calamidades públicas y las privadas, las que afectan á las naciones y á las familias, las que trastornan y dañan los intereses de la sociedad y las del individuo; en fin, nada hay indiferente para ellos, y si la perspicacia del entendimiento descubre en ciertos crímenes el resultado de las doctrinas, y en ciertos excesos inauditos el efecto de los extravíos, así de los pueblos como de sus corifeos, la sensibilidad del corazon se adelanta, se escapa, sorprende en cierto modo, haciendo á un lado las desgracias comunes, por llorar y lamentar las que afectan á un solo pueblo, á un solo individuo que por sus circunstancias llama la atencion por su infortunio. Aludo á la especial mencion, ó mejor dicho, al grito de dolor que exhala el atribulado Pontífice por las desgracias de la nobilísima nacion francesa y por el crimen de parricidio cometido en la persona del Arzobispo de Paris, desgracias que han llenado de horror y de consternacion, es cierto, al mundo entero, pero desgracias que hoy parecen mas lamentables desde que resonaron en los lábios del inmortal Pio IX, siendo su memoria eterna, como todos los hechos que registrarán los fastos de tan glorioso Pontificado.

¿Hay mas todavía? Sí; otro grito de dolor se hace escuchar del Padre herido por la rebeldía de un crecido número de sus hijos, que sordos á las amonestaciones paternales, no hacen caso de la multitud de censuras en que han incurrido, y desprecian el tiempo con que Dios les brinda, esperándolos á penitencia, al paso que parecen resueltos por su obstinacion á aguardar las venganzas divinas sin aprovechar los frutos de las infinitas misericordias.

Dificil tarea Nos hemos impuesto al querer interpretar las palabras de Ntro. Smo. Padre, en el documento que tenemos entre las manos. Más atrevida seria la empresa de hacer pasar en otra forma los sentimientos, ó mas bien, los cánticos de accion de gracias en que prorumpe el génio del inmortal Pio IX, á la vista de los inmensos beneficios que merced á una singular proteccion, le ha dispensado la infinita clemencia. Sobresale entre ellos la duracion sin ejemplo de su ministerio apostólico, don nuevo, otorgado única y exclusivamente á su sagrada persona, sin exceptuar ya ni aun el mismo Pedro, cuyos dias en Roma se ven excedidos por los de su actual sucesor. Tal vez os parecerá extraño que el que es objeto de tantos y tan singulares beneficios hable de ellos, llame la atencion sobre ellos y quiera al parecer como inmortalizarlos. Mas decidme, ¿el padre no recuenta á sus hijos los peligros que ha corrido durante su vida como los bienes de que ha gozado, las alternativas prósperas y adversas, empeñándose todo en transmitirles los sentimientos de gratitud y amor hácia el autor de tantos bienes, procurando así grabar en su alma y transmitirles como una herencia, los afectos que han ocupado siempre su corazon? ¿Y os sorprende, y tal vez os chocha que el Padre comun de todos los fieles, insista tanto en contar y recontar sus vicisitudes, los peligros que ha corrido y los singulares dones que en medio de aquellos le ha dispensado una mano oculta y siempre benéfica? Esta sola reflexion bastaria para tranquilizaros y librar de la nota de vanidad al manso, al

humilde Pontífice, cuyas palabras que mil veces hemos oido, esplican mejor que sus escritos su profunda abnegacion. ¿Insistís ó insisten sus enemigos en tacharlo de vanidad? Aguardad, que sigue bien pronto el correctivo. El Papa se gloria, como Pablo en otro tiempo y como los apóstoles todos, en haberse hallado digno de padecer persecucion por la justicia, y poseido de un santo júbilo, hace notar con el apóstol de las gentes, que por sus sufrimientos mas que por sus glorias, se ha hecho el objeto de la firme adhesion y entrañable amor que el pueblo cristiano le tiene en todas las regiones de la tierra, y sirve no para engrandecer su persona, sino para la exaltacion de la Santa Sede.

Ahora sí, no extrañareis ya que entone los himnos de alabanza y de accion de gracias, convidando á todos sus hermanos en el apostolado, y con las palabras de San Leon á ensalzar á porfia el nombre de Dios, para que toda la gloria de las gracias y misericordias con que ha sido favorecido en tan largo Pontificado, ceda en honor y alabanza del Padre de las misericordias y del Dios de todo consuelo, de quien descende todo bien. Mucho ménos extrañareis la manifestacion de entrañable amor y profunda gratitud que nos encarga hagamos en su nombre á todos nuestros pueblos en justa correspondencia á los esclarecidos testimonios y brillantes pruebas que le habeis dado de piedad filial por tanto tiempo y con tanta perseverancia.

Al concluir, presiente nuestro buen Padre que se acerca el término de su peregrinacion; y aunque nosotros debemos derramar por este anuncio abundantes lágrimas, como los de Efeso cuando recordaban la despedida de San Pablo, y en especial aquellas palabras de que no le volverian á ver más, tambien debemos pedir al cielo, como lo hemos hecho ya, que prolongue la preciosa vida del actual Pontífice haciendo que sobrepase á los años y á los dias del Príncipe de los Apóstoles, Pedro, incluso los que vivió en la Palestina y Antioquia.

Para ver cumplidos estos votos, aprovechaos, hermanos é hijos nuestros muy amados, de las gracias que encierra la bendicion papal que con aplicacion de la indulgencia plenaria os daremos, en virtud de la autoridad y concesion apostólica, en el dia 1º de Noviembre, en que la Iglesia celebra la festividad de todos los Santos, para que, multiplicados los intercesores, nuestras súplicas sean oidas y despachadas benignamente ante el trono de las misericordias. Purificados, pues, de vuestras culpas en el santo tribunal de la penitencia, y fortalecidos con la sagrada comunion, como lo requiere nuestro Smo. Padre, elevad vuestros piadosos ruegos á Dios pidiendo por la concordia de los Príncipes cristianos, extirpacion de las heregías y exaltacion de nuestra santa Madre la Iglesia, por la conversion de los pecadores y por el triunfo de nuestra sacrosanta Religion sobre todos sus enemigos.

Al intento procurarán los vicarios foráneos, párrocos, vicarios fijos y auxiliares en sus respectivas demarcaciones, los rectores, capellanes y encargados de las Iglesias y oratorios públicos, estimular á los fieles, para que se acerquen al tribunal de la penitencia y á la sagrada mesa Eucarística, proporcionándoles los medios que estén en su arbitrio para facilitarles la recepcion digna de esos sacramentos. Con el mismo fin concedemos, por nuestra parte, ochenta dias de indulgencias por cada uno de los actos de piedad y religion que practiquen los eclesiásticos que promuevan ejercicios espirituales para preparar á los pueblos para el citado dia 1º de Noviembre, que dejamos designado; é igual número de indulgencias á todos los bienhechores que contribuyan á la celebracion de la fiesta de todos los Santos y á la decente exposicion del Santísimo Sacramento, que permitimos se haga, donde cómodamente se pueda, por tres dias, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, y serán el 30 y 31 de Octubre y el 1º de Noviembre.

Esta nuestra carta pastoral, será leida *inter missarum solemnia* en el domingo inmediato, despues de su recepcion.

Dada, firmada por Nos, sellada y refrendada por nuestro infrascrito secretario, en México, á los diez y siete dias del mes de Setiembre en que se celebra el misterio de los Dolores de la Santísima Virgen y del año del Señor de mil ochocientos setenta y uno.

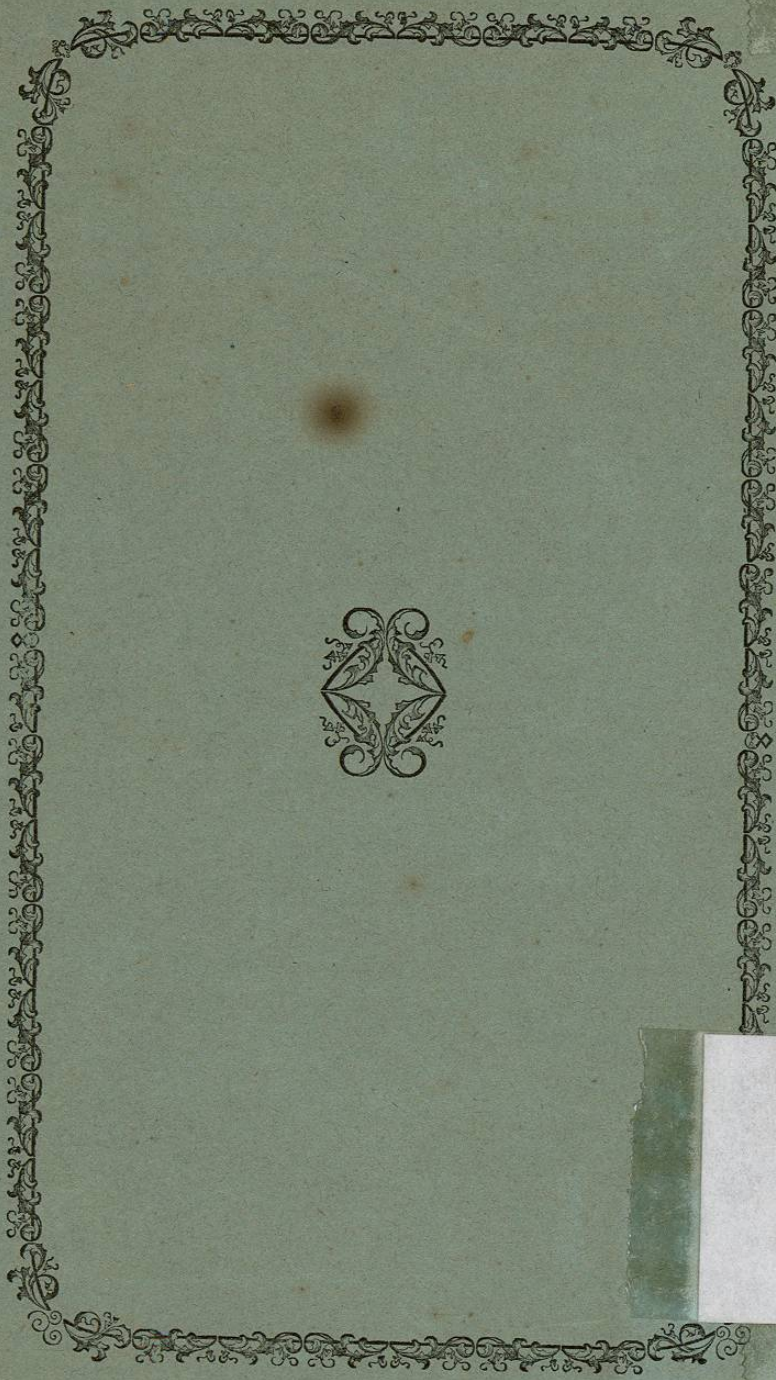
Por mandado de S. S. I.

Pelagio Antonio.

Arzobispo de México.

Dr. Tomás Barón.

Secretario.



004